

colección rúbrica



JULIA VILLARES ANLLO



NO LE HABLES MAL DE MÍ AL NIÑO

estudio
ediciones

UNO

Cuando miro hacia atrás, desde mi atalaya movediza y contemplo cómo ha transcurrido mi vida, me doy cuenta de que no he sido afortunada. Todos a mi alrededor creían que era feliz, hasta que me separé de Carlos. Es verdad que tuve buenos momentos a su lado, tanto en los años que precedieron a nuestro matrimonio, viviendo en casas contiguas, como luego, cuando nos casamos. Pero eso es poco. Por lo general, la suerte me dio la espalda. No creo que haya sido cobarde. Siempre pensé que si se quiere algo hay que ir a por ello. Y según pensé, actué. Durante veintisiete años. Y aunque creo o me parece o sé que la suerte me dio la espalda, no tendría razón si me considerase desgraciada. Soy una mujer perseguida por los contratiempos. Me persiguen y me encuentran, ciertamente es así o así ha sido hasta ahora, porque quiero pensar que esta racha se acabó.

Lo que me gustaría es no tener este pensamiento fijo en la mente: *«Mi suerte cambió cuando dejé a Carlos»*. ¿Qué tengo que hacer para volver a vivir? *«Mi suerte cambió cuando dejé a Carlos»*.

Carlos estuvo a mi lado desde que nací. Todo empezó por la amistad que mis padres tuvieron siempre con los suyos: Vicenta y Pedro. Carlos me llevaba diecisiete años. Mientras fui niña jugó conmigo. Recuerdo su paciencia infinita soportando mis travesuras. Después, a partir de

cierta edad, empezó a querer deshacerse de mí: «Juega con tus amigas», me decía, o bien: «Hoy no puedo, Mari-bel, he quedado con unos amigos». Pero yo no le creía y acudía a mis trucos para retenerlo. Casi siempre lo lograba. Dedicó muchas horas a jugar conmigo, a hacerme feliz en los domingos de su juventud. Nuestras casas estaban separadas por un pequeño jardín que yo atravesaba constantemente. Pasaba muchas mañanas con su madre mientras la mía despachaba en una frutería del mercado del Carmelo. Carlos me decía que, cuando él nació, su madre quería una niña. Y que ahora casi no le hacía caso, porque veía en mí a la hija que no pudo tener. Pero yo se lo discutía, yo veía a diario cómo su madre se desvivía por él, lo mismo que su padre. Cuando crecí un poco más entendí que solo bromeaba, que le divertía ver la firmeza con que yo defendía a Vicenta y de cuánto ella lo quería. A veces él me llamaba «abogadita»: «Pero vamos a ver, abogadita...». Entonces me ponía a la defensiva. No importaba cómo acabase la frase. Si me hubiese llamado abogada, se lo hubiera pasado, pero «abogadita» no.

Yo defendiendo a su madre, ¡qué ironía, con todo lo que ocurrió después! Pero, ¿por qué persistirán estos recuerdos? No quiero pensar en ello, tampoco puedo evitarlo. Su recuerdo me lleva a lo que fui y no puedo volver a ser.

Vuelvo a depender de mi madre. Vivo con ella. Su casa es mi hogar, mi jaula. Aquí están los que me quieren y estoy yo, entendiendo a los demás sin que ellos me entiendan a mí. Comprendo a mi madre: su preocupación por cómo me arreglaré en la vida cuando ella no pueda cuidarme, su querer animarme y no saber qué decir cuando

me habla, su llanto cuando está sola en la habitación y cree que no la oigo. La comprendo. También a Carlos. Noto sus dudas cuando habla conmigo. Tengo su apoyo moral y el económico si me hiciera falta, pero sabe que lo que necesito es su presencia y eso no puede ser. Viene a verme algunas veces con David, nuestro hijo, sus visitas también son un apoyo para mamá. Carlos es así, siempre dispuesto a tendernos una mano. A David le permite venir cuando quiere. Jamás le regateó las visitas, ni siquiera recién obtenida la custodia. Y ¡cómo no, también comprendo a mi hijo! Nunca le oculté nada. Sabe cómo fui y cómo soy, cómo me movía antes del accidente y cómo me muevo ahora. Quiere ayudarme y le gustaría estar conmigo y, al mismo tiempo, con Carlos.

Desde que estoy así, mi madre no se mete en nada de lo que digo o hago, solo sigue reprochándome una cosa: no haber intentado retener al niño conmigo. Y ahora quisiera haberla escuchado, haberle hecho caso. Ya no puedo remediarlo. No hay marcha atrás en el tiempo.

Ni por lo más remoto hubiera creído entonces que me vería como me veo, ni que iba a aceptar la lentitud con la que vivo. Cuando salí del hospital, después de una larga estancia, inicié un nuevo periplo: un coche de minusválidos me recogía en casa y me llevaba al centro de rehabilitación. Allí pasé muchas horas entre piscina y fisioterapeutas. En algún momento les conté cosas de mi infancia, de cuando jugaba en el jardín que separaba mi casa de la de Carlos. Entonces ellos quisieron animarme a pintar, querían que recrease mis recuerdos en un lienzo. Podría hacerlo, podría pintar un cuadro con las flores que recuerdo. O más de uno,

según en qué estación del año lo quisiera revivir. Podría pintar la silueta de las plantas, con el verde de las hojas y otro verde en los sépalos. También verde, pero otro verde, sería el fondo del cuadro como la hierba que crece en el prado arrojando al diente de león y las margaritas silvestres. Así podría pintar el césped de mi jardín, salpicado con manchas de color pardo, el color de la tierra, proyectando sombra bajo las ramas de las azaleas. Incluso, pintar una niña, pintarme a mí saltando a la comba o jugando con el perro, al lado de un geranio partido, y una mujer, Vicenta, que gruñe sacando medio cuerpo fuera de la ventana.

A Vicenta le gustaba estar rodeada de plantas, en especial geranios. En el balcón de su dormitorio tenía los de salón, de flores blancas y púrpuras, decía que le agradaba ver esos colores cuando abría la ventana por la mañana; para la ventana de Carlos había elegido las flores rojas y jaspeadas; y en las jardineras de la fachada lucían frondosos geranios hiedra de flor rosada. También podría pintar cada una de esas ventanas. Pero ninguno de esos cuadros reflejaría mi vida. No.

Mi vida empezó el día que me casé, en el momento en que me puse el vestido de novia y esperé, mirando desde la ventana, hasta que Carlos montó en el coche del señor Ramón y partió hacia la iglesia. Un momento después salí yo, lo justo para darle tiempo de llegar primero y recibirme delante del altar. En esto llevé ventaja a otras novias: no necesitaba calcular el tiempo del trayecto porque íbamos a hacer el mismo.

Cuando llegué a la iglesia, algunos invitados me esperaban fuera. Al bajar del coche el sol me hizo parpadear y

apenas pude distinguir las caras de quienes me aguardaban, aunque percibí bien su murmullo. Subí las escaleras y, en cuanto franquéé la puerta para entrar, empezó a sonar la marcha nupcial. Recuerdo bien a Carlos, allí derecho, de perfil, mirándome avanzar por el pasillo, cogida del brazo de mi padre. Luego me susurraría que estaba preciosa con aquel vestido. Pero, en aquel momento, Carlos no solo me vio a mí al girarse, su hábito de trabajar de cara al público le daba una percepción rápida de cualquier persona que estuviera en su entorno, así que vio también a mi madre y le pareció que tenía la expresión triste, pero no le dio importancia. No quiso pensar si se debería al hecho de que yo me casara embarazada o porque yo era muy joven o, tal vez, por la diferencia de edad entre nosotros o, incluso, porque había dormido mal con la tensión de los preparativos. No pensó nada, porque su pensamiento se centraba solo en mí —y los pasos que daba para avanzar—, reduciendo los metros de alfombra que me separaban de él. Me dijo que, al verme, las piernas le habían empezado a temblar, pero se había dominado y guardado la compostura.

Yo avanzaba por el pasillo de la iglesia cogida de mi padre, con la cabeza erguida y la mirada al frente. Llevaba el ramo de novia con orgullo, aunque no conseguía acompañar los pasos con los de mi padre al ritmo de la música. Cuando llegué a la mitad del pasillo, miré la distancia que me separaba de él: me pareció larguísima. También vi a mamá, delante de todo, pendiente de mí, de mis últimos pasos de soltera. Yo sabía que era el centro de las miradas, pero no me importaba. Cuando vi a

Carlos más de cerca, lo pasé todo por alto y solo tuve ojos para él e, igual que él a mí, lo encontré elegante y guapo vestido con traje. Ya lo había visto elegante en alguna ocasión, pero no lo había mirado con los ojos de aquel día. Cuanto más avanzaba, más deseaba llegar y que todo hubiera acabado. La verdad es que fue una ceremonia corta, transcurrieron pocos minutos antes de que nos dijéramos el «sí, quiero» y yo me diera cuenta de que ya estaba casada, que ya era la mujer de Carlos. ¡Era feliz! Casi toda mi vida había sido como un cuento, en el que yo había sido la reina de dos jardines y, podría decirse que, prácticamente, siguió siendo así hasta que nació mi hijo.

Salí de la iglesia del brazo de Carlos, ¡mi marido! No me importaba que el embarazo hubiera llegado antes de la boda ni que la gente del barrio se hubiese dedicado a murmurar. Decidí que esos que no hacen otra cosa que criticar no conseguirían amargarme. Yo acababa de cumplir los diecisiete y había alcanzado el sueño de casarme joven. Más que haberlo alcanzado, *estaba* en pleno sueño: Carlos lo había hecho posible. Yo lo elegí. De hecho, esa sensación de estar viviendo un sueño la tuve también al despertar la mañana de la noche de bodas en el hotel, cuando noté su mano rozándome suavemente la mejilla. Entonces le sonreí adormilada. Él se había levantado temprano, lo despertó la primera luz que se filtró en la habitación a través de la cortina. Le hubiera gustado que yo viera los colores del amanecer sobre el mar mientras iba clareando el día y lo convertía en horizonte celeste, pero eligió el silencio y me dejó seguir durmiendo en mi

primer día de mujer casada. Se quedó de pie, con un codo apoyado en el armario, quieto, contemplando mi cara redonda y bien hecha, me dijo, y añadió que allí, apoyada en la almohada, ajena a su mirada y al mundo, le había parecido más guapa que nunca, y que me quería.

Cuando por fin abrí los ojos lo encontré sentado en el borde de la cama, mirándome. Sonrió, me incorporó tomándome de las manos y me abrazó. «Si supieras, Maribel, cuánto amor iba sintiendo mientras tú respirabas medio tapada con la sábana», me dijo, «tenía ganas de hablarte, de abrazarte, de besarte, de hacerte feliz, pero he preferido esperar un poco más, dejarte recuperar del cansancio de ayer».

Yo sabía que sus sentimientos eran ciertos. Carlos nunca fue un hombre de hablar por hablar. Y, cuando me dijo: «Creo que vas a ser una buena compañera de viaje, una buena esposa», supe que era sincero. Podría haberle preguntado si por *viaje* se refería a la luna de miel o a pasar la vida juntos. Pero no lo hice. Con creer en él me bastó. Ahora me pregunto si aquello no lo habría pensado hasta aquel preciso día. Y puede ser que no, tal como han ido las cosas. A veces pienso que se casó conmigo porque no lo dejaba en paz. Yo, que había jugado y fantaseado siempre con él, no quise resignarme a que se distanciara de mí cuando empecé a crecer, cuando empezó a aumentarme la talla de los zapatos, de la blusa y, sobre todo, desde que empecé a usar sujetador. Con mi entrada en la pubertad, Carlos empezó a rechazar que me sentara en sus rodillas como había hecho hasta entonces. Él, instalado en la treintena, pretendía que yo dejara mis juegos

de siempre, que dejara de buscarlo para entretenerme, pero a mí me parecía normal mi forma de comportarme. Incluso la época en que salió con Marta, yo buscaba acapararlo y estar con él para divertirme. Carlos era como algo mío, mi póliza a todo riesgo. Cuando me ponía pesada y quería sentarme en sus rodillas, él intentaba librarse de mí. «Te estás volviendo pesada», me decía. Yo seguía intentando coger sus manos, sus muñecas, para sujetarlas y sentarme encima de él, pero él se adelantaba y me sujetaba las mías. En algún momento me dijo que tenía arrojito, pero cuando realmente me ofendió fue un día que me llamó inocente: «Aparta ya, criatura inocente». No me lo esperaba. Si en vez de «criatura inocente», hubiera dicho «imbécil», me hubiese parecido parte del juego. Seguramente le habría respondido con un «¡vale!» y habría seguido.

Oí mucha actividad y risas en el exterior del hotel, mientras Carlos me ayudaba a despertar. Por el ruido de los chapuzones en la piscina, supe que Mallorca llevaba mucho rato despierta.

—¿Sabes qué hora es? —me preguntó Carlos sin soltarme las manos.

—No sé. ¿Por qué no me has despertado antes?

Sin darle tiempo a responder, salté de la cama y corrí descalza al baño.

Cuando bajamos al comedor, los camareros estaban recogiendo ya las mesas del desayuno y cambiando manteles para la comida. Tomamos unos bollos en el bar, café con leche y zumos, y salimos a la calle. Carlos quería aprovechar el día, los pocos días de estancia en la isla, y visitarlo todo.

Pero yo me había quedado con hambre. Estaba acostumbrada a comer un buen bocadillo cada mañana y, además, creo que la felicidad me abría el apetito.

—No te preocupes —dijo Carlos—. Vamos a dar una vuelta por la ciudad y, de paso, nos paramos a tomar algo por ahí. ¿Te parece?

Asentí. Ya en la acera, me cogió la mano, me miró los pies, se miró los suyos y dijo:

—Me da no sé qué salir del hotel en playeras. Pero nos irá bien el calzado cómodo, quizá estemos todo el día dando vueltas.

—Yo no puedo andar si no es con playeras o zapatillas —le contesté—. Ya sabes cómo tengo los pies por los zapatos de la boda. Era la tercera vez que me ponía tacones. En cuanto se me curen los pies, me los pondré a diario.

Para mí significaba mucho ponerme zapatos de tacón. Solo habían pasado dos meses entre la boda y el uniforme del colegio, con la falda a cuadros, plisada, y los zapatos de cordones. Y aún tenía grabadas en la memoria las frases que me repetía la Hermana Concepción cada vez que me pillaba comiendo fuera de hora: «Si te afanaras a estudiar como te afanas a comer, serías una alumna excelente. Tienes que moderarte, Maribel, que ya estás muy gordita. Mira que con esos pies tan gordos no podrás ponerte ni tacones». *¡Hay que ver cómo quería amargarme, la tía! ¡Pues va a ver cómo me muevo!*, pensé mientras nos dirigíamos a la Oficina de Información y Turismo. Me gustaba saberme ya liberada del colegio y fuera del dominio de la Hermana Concepción.